Domingo 22 de octubre de 1995

PRIMER PLANO ///

Supleme[...]ura de Página/12



EL UNIVERSO, LAS CELULAS Y LOS HECHOS COMO ENIGMAS

LO QUE NO SE SABE

Desde que el positivismo dejó de ser la religión sin ateos de la ciencia y el conocimiento, los especialistas empezaron a sospechar que la certeza y la seguridad son casi imposibles. Más de un investigador está dispuesto hoy a admitir, aún en voz baja, que el pensamiento científico, como se sospechaba desde el arte, tiene un fuerte componente de fe, de pasión, de curiosidad a prueba de obstáculos, de final abierto, y no de una constelación de hechos contundentes y comprobables para siempre. Indagar, como lo hacen en las páginas 2/3, sobre la propia ignorancia es también un ejercicio creativo al que se someten, casi con placer, Luc Montagnier, el lingüista Claude Hagege, el historiador Luis Alberto Romero, el físico Hubert Reeves y el biólogo Alberto Kornblihtt, entre otros, como una manera de seguir pensando lo indescifrable.



LA HISTORIA DE LAS PREGUNTAS

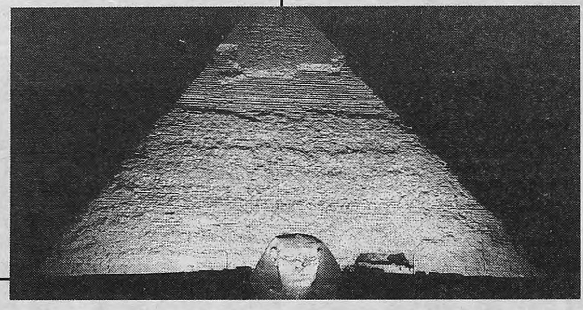
LUIS ALBERTO ROMERO

En la historia argentina hay algunas cosas que se saben, mientras que sobre la mayoría aún no se ha investigado nada. No pasa lo mismo con la historia universal, donde hay una larga tradición de trabajos monográficos, y cualquier trabajo monográfico lleva implícito un rígido trabajo de investigación. Los trabajos monográficos y las buenas interpretaciones son los ladrillos sobre los cuales se construye la historia.

La historia política argentina está bien documentada hasta 1880. A partir de ese período hay un gran pozo. Si tuviera que citar algún tema podría decir que, por ejemplo, no hay historias de provincias. Las pocas que hay son pésimas. De todas formas, para mencionar un hecho en especial del cual quisiera saber algo, pediría saber sobre el Pacto de Olivos. Me gustaría saber qué le pasaba por la cabeza a Alfonsín en el momento de emprender el Pacto.

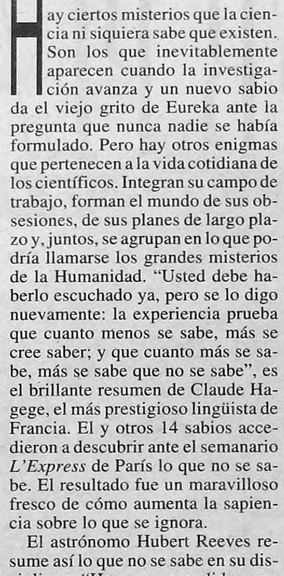
El problema de la historia argentina empieza en 1940. Hasta ese año funcionaban correctamente las bibliotecas, había muy buenas corrientes historiográficas. Pero eso se congeló. Ahora no tenemos archivos, no hay tradición de investigación en las universidades y no tenemos buenas bibliotecas. Además, la producción de libros de historia en la Argentina es demasiado grande comparada con los resultados finales. Si uno quiere leer todos los buenos libros de historia argentina que se editaron no va a tardar más de un año en hacerlo. Sin embargo, la producción de libros de historia es muy grande.

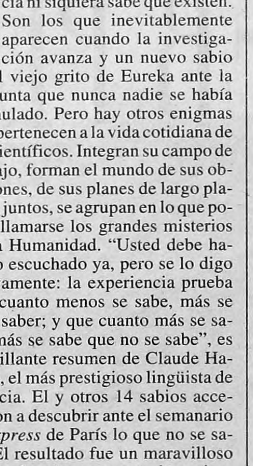
Ahora, la historia bien hecha se está abriendo a nuevos campos. Por ejemplo, la historia de la familia. Lo que se está renovando son las preguntas. Probablemente lo que no se sabe ahora no va a importar tanto en el futuro. Con las nuevas preguntas, los nuevos campos o las nuevas relaciones que se están formulando están cambiando también los ejes de la investigación histórica. De esa forma la historia está avanzando. Y esa renovación también se está dando en la Argentina, donde avanza con muchas limitaciones. En primer lugar porque hay que producir el contexto. Los estudiantes que quieren emprender una investigación seria se encuentran con que tienen que empezar por trabajar por el contexto y ése es un trabajo muy arduo, porque falta el tejido intermedio.



EN BUSCA D

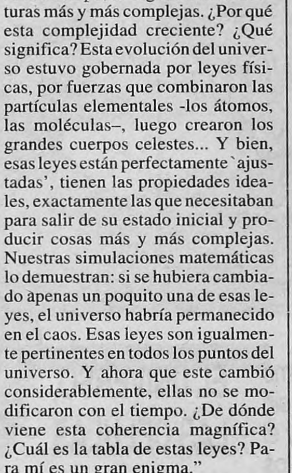
Los sabios del mundo suelen deber su prestigio a que se supone que lo conocen todo. Sin embargo, a un ritmo creciente los enigmas superan las certezas y el hombre debe desentrañar tanto unos como otras. Luc Montagnier, el descubridor del virus del sida, el lingüista francés Claude Hagege, el historiador Luis Alberto Romero, el biólogo argentino Alberto Kornblihtt, el neurólogo Roberto Sica y el físico canadiense Hubert Reeves, entre otros investigadores, demuestran que lo que los diferencia del resto es haber llegado a saber casi con exactitud lo que no saben.





Hay ciertos misterios que la ciencia ni siquiera sabe que existen. Son los que inevitablemente aparecen cuando la investigación avanza y un nuevo sabio da el viejo grito de Eureka ante la pregunta que nunca nadie se había formulado. Pero hay otros enigmas que pertenecen a la vida cotidiana de los científicos. Integran su campo de trabajo, forman el mundo de sus obsesiones, de sus planes de largo plazo y, juntos, se agrupan en lo que podría llamarse los grandes misterios de la Humanidad. "Usted debe haberlo escuchado ya, pero se lo digo nuevamente: la experiencia prueba que cuanto menos se sabe, más se cree saber; y que cuanto más se sabe, más se sabe que no se sabe", es el brillante resumen de Claude Hagege, el más prestigioso lingüista de Francia. El y otros 14 sabios accedieron a descubrir ante el semanario *L'Express* de París lo que no se sabe. El resultado fue un maravilloso fresco de cómo aumenta la sapiencia sobre lo que se ignora.

El astrónomo Hubert Reeves resume así lo que no se sabe en su disciplina. "Hemos aprendido que nuestro universo se encontraba, hace unos doce millones de años, en un estado de caos y que, con el paso del tiempo, se organizó en estructuras más y más complejas. ¿Por qué esta complejidad creciente? ¿Qué significa? Esta evolución del universo estuvo gobernada por leyes físicas, por fuerzas que combinaron las partículas elementales -los átomos, las moléculas–, luego crearon los grandes cuerpos celestes... Y bien, esas leyes están perfectamente `ajustadas', tienen las propiedades ideales, exactamente las que necesitaban para salir de su estado inicial y producir cosas más y más complejas. Nuestras simulaciones matemáticas lo demuestran: si se hubiera cambiado apenas un poquito una de esas leyes, el universo habría permanecido en el caos. Esas leyes son igualmente pertinentes en todos los puntos del universo. Y ahora que este cambió considerablemente, ellas no se modificaron con el tiempo. ¿De dónde viene esta coherencia magnífica? ¿Cuál es la tabla de estas leyes? Para mí es un gran enigma."



Es decir: hasta cuando se establece la verdad de los datos aumenta lo que no se sabe. Ya no, naturalmente, la ignorancia sobre esos mismos datos. Pero sí sobre la lógica que los hilvana.

Luc Montagnier, el famoso investigador del sida, dice que una de las cosas que se ignoran es qué lugar ocupa la vida en el universo. "Nuestro planeta, se sabe, está organizado en diferentes niveles que se integran unos a otros en un grado de complejidad creciente", escribe Montagnier. "Tomemos, por ejemplo, las células de nuestro cuerpo: ellas `saben', si me animo a decirlo así, que son los componentes de un sistema, el organismo. Pero ignoran que hay otro nivel de organización: este organismo vive en la sociedad... Y bien, me pregunto a menudo si no existe, igualmente, para los hombres, otro nivel del que no tenemos conciencia, una suerte de organización biológica del universo del que ignoraríamos todo. Ese, para mí, es el gran signo de interrogación."

Las preocupaciones científicas del lingüista Claude Hagege son más palpables. Su problema es la desaparición de los vestigios sobre lenguas ya muertas. "¿Qué decir del dacio, que hablaban los ancestros de los rumanos antes que los sometieran las tropas de Trajano?", se pregunta Hagege. "¿Y del panonio, que se hablaba en pleno Danubio? ¿Y del etrusco, de la región de Florencia? ¿Y del íbero? ¿Y del cartaginés? ¿Y del ligure? ¿Qué decir de todas estas lenguas? Nada. Están todas muertas. Desaparecidas. Son enigmas, misterios." Descorazonado, Hagege dice que lo mismo ocurre con el galo. "Contrariamente a lo que creen los francófonos mal informados, el número de palabras cuya etimología gala está comprobada en francés –sobre un total que se puede evaluar en cuarenta mil palabras –no pasa el centenar. El historiador, ya sea medievalista o de otra especialidad, dispone de manuscritos; el geólogo, puede interrogar a la roca; el físico, al gas. Pero el lingüista profesional que se aventura en el tiempo no tiene ninguna esperanza de acceder a un material manipulable, en hoja o en pergamino. Su único recurso es la memoria. La transmisión oral." El obstáculo es que hay transmisiones orales que atraviesan siglos y siglos, y otras se pierden en el camino.

Pero Hagege dice no ser pesimista, en buena medida porque su pasión por el descubrimiento es tan imponente que supera cualquier otro problema en su vida. "Siempre hay elementos pasionales en la curiosidad", dice. Y confiesa: "Tengo tanta pasión, tanta avidez, tal atracción por una lengua a descubrir que puedo llegar hasta a renunciar a una relación femenina. Y en el caso de una decepción sentimental, la aventura de una lengua me consuela durante las semanas siguientes. ¿A ustedes no?"

"La vida es un combate", es la consigna de Jean Delumeau, profesor honorario del College de Francia y experto en la historia de las religiones del Occidente moderno. Pero Delumeau no se refiere a las decepciones sentimentales de Hagege, sino a sus propias perplejidades cuando investiga. "Frente al saber, yo pienso lo mismo que San Agustín: el descanso queda para más tarde." El historiador recomienda "buscar y buscar, y mantenerse siempre en estado de alerta", porque, admite, "nuestra ignorancia es enciclopédica".

¿Qué ignora una egiptóloga como Christiane Desroches-Noblecourt? Para ella, la pirámide de Keops es un enigma. "Cuando escucho hablar de la cámara real, de la habitación de la reina, me pregunto qué pruebas hay de todo eso. Porque en esa época, en principio, la reina no era enterrada con el rey. La pirámide marca la existencia de la tumba del faraón. Pero, ¿dónde está? ¿Fue enterrado? Creo que plantear un problema significa chocar con ciertas convicciones, fisurar un determinado confort."

La profesora está exhausta ante la inexistencia de un libro religioso como el Corán o la Biblia para los antiguos egipcios. "Como no hay un libro, los prelados, los escribas, los sacerdotes, complicaron y deformaron el pensamiento religioso", se lamenta.

Como regla general, Reeves sugiere "desconfiar de las ideas muy fuertes: pueden resultar esterilizantes". Cita que Einstein, por ejemplo, fue genial inventando la Teoría de la

NO PODEMOS FABRICAR UNA CELULA

POR ALBERTO KORNBLIHTT *

Nunca entendí el dicho que afirma que es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos. Está claro que es posible cuantificar lo que sabemos pero ¿cómo es posible saber cuánto es lo ignorado si justamente lo ignoramos? El conocimiento no es otra cosa que la determinación de los límites de nuestra ignorancia. Einstein decía que todos los hombres somos muy ignorantes, lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas. Poco o mucho, la ciencia se ocupa de lo que aún no se conoce, sin pretender la verdad absoluta, cuestionándose permanentemente.

¿Qué nos queda por averiguar en biología? Aún no tenemos un modelo integrado del funcionamiento de una célula: ni siquiera de las más simples, como las bacterias. No podemos fabricar una célula en el laboratorio a partir de sus componentes químicos porque no tenemos idea de cómo está armado el rompecabezas. Tampoco sabemos cómo se va sucediendo, en el tiempo y en el espacio, el *programa* de información genética contenida en el ADN. Sabemos mucho de los genes y de su expresión, pero muy poco del programa. Desconocemos la sucesión completa de eventos moleculares que comienzan con una célula huevo y culminan con, por dar un ejemplo, en Madonna. En pocos años tendremos la información completa del genoma (conjunto de genes) humano y de otras especies, sin embargo esto no será suficiente para descifrar el *programa*. Tampoco entendemos qué es lo que lo hace tan reproducible, es decir, por qué el desarrollo del embrión se da siempre del mismo modo.

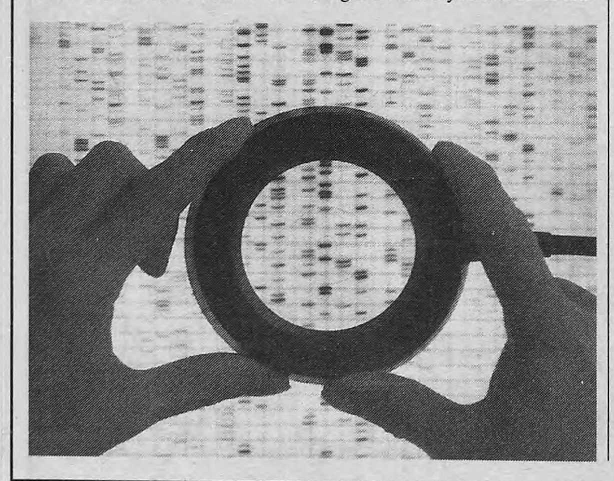
Si bien estamos aprendiendo mucho sobre cómo envejecen y mueren naturalmente las células, poco y nada sabemos de las bases físicas y químicas del envejecimiento del organismo.

Sabemos muchísimo sobre la biología molecular y celular de los cánceres, sin embargo, dado que el *programa* de las células cancerosas es sólo sutilmente distinto del de las sanas, carecemos todavía de armas efectivas para matar a las primeras sin afectar a las segundas. Lo mismo ocurre con las infecciones virales: aunque parezca mentira, aún no podemos curar ninguna enfermedad viral. Nos curamos solitos gracias a nuestro propio sistema inmune. En este sentido, el sida es la mayor cachetada a la omnipotencia humana: ¡un virus que ataca a las células del sistema inmune!

Todos coincidimos en que el mayor desafío es entender cómo funciona el cerebro. Cuatro millones de años separan al *Australopithecus* del *Homo sapiens*. Se trata de apenas 200.000 generaciones. ¿Qué ocurrió durante ese lapso para que el cerebro evolucionara en tal proporción y se generaran las exquisitas competencias que caracterizan al hombre? ¿Cuáles son las bases moleculares y neuronales de la memoria, el lenguaje, los sentimientos, la generación de ideas, el pensamiento, en fin, del estado consciente? La biología molecular y las neurociencias mucho han aportado, pero nos encontramos lejos de una comprensión global y nos queda la duda de si nuestro propio cerebro pensante tendrá la capacidad suficiente para comprenderse completamente a sí mismo.

No sabemos si hay vida en otra parte del universo. Tampoco podemos dar cuenta precisa de cómo se originó la vida en nuestro planeta: no estábamos presentes hace 3.500 millones de años para estudiarlo y las condiciones climáticas y geológicas actuales son completamente diferentes de las de entonces.

Pero no hay que desesperar: gracias al espectacular desarrollo de la ciencia en este siglo, muchas de las respuestas a nuestros interrogantes son hoy en día *concebibles*



LAS RESPUESTAS ESQUIVAS

Relatividad entre 1905 y 1925, pero luego encontró limitaciones porque, para él, "el universo podía traducirse en ecuaciones, se lo podía encerrar en una sola gran teoría de todo, y el pasado, el presente, el futuro no eran más que ilusiones. No había libertad posible en su mundo...".

Según el astrofísico canadiense, siempre se vuelve al viejo debate entre Platón y Aristóteles sobre la naturaleza de las ideas. Para Aristóteles, las leyes, las ideas no son más que creaciones del espíritu humano. Para Platón, en su famoso mito de la caverna, son realidades independientes. "¿Descubrimos las leyes que existían ya antes que nosotros, o las inventamos? Con los descubrimientos de la astrofísica hemos agudizado más esta disputa filosófica, pero estamos exactamente en el punto de partida", dice.

Más allá de Platón y Aristóteles, a Montagnier no le faltan interrogantes concretos. "Uno se pregunta mucho sobre eso que se llama en inglés los 'junk ADN', es decir los pedacitos de genes que, aparentemente, no sirven para nada. Yo pienso que sirven para algo. ¿Pero para qué? Se puede lanzar la hipótesis de que intervienen en los mecanismos de desarrollo del embrión, por ejemplo, o que quizás juegan un rol en la evolución. Pero no se sabe nada... Siempre es maravillosamente asombroso para un biólogo ver que un organismo entero, un ser humano, se forma a partir de una célula embrionaria, y que la complejidad extraordinaria de un ser viviente resulte de una suerte de diálogo muy precoz entre los genes", dice. Sería "como una sinfonía que se toca sin un falsa nota cada vez que se forma un embrión".

Una pregunta de Montagnier: ¿No hay un lenguaje secreto del ADN? Otra pregunta: ¿Existen otras formas de vida que no sea el resultado de la acción de los genes? Las proteínas, ¿se podrían reproducir y cómo?

"Se sabe que toda vida sobre la tierra es el resultado de una selección", dice Montagnier a *L'Express*. "Se puede imaginar que muchos códigos genéticos desaparecieron antes que emergiera el que dirige ahora toda la vida sobre la tierra. Pero no los conoceremos jamás."

Y, en fin, la pregunta más fuerte de Montagnier tiene que ver con su especialidad, el sida. "Nuestros conocimientos avanzan mucho, pero no son todavía suficientes para explicar todo sobre esta compleja enfermedad", explica el científico francés. "Se conoce bien el mecanismo del virus, se sabe más o menos lo que sucede después de la infección. Pero no se sabe cómo se renueva el pool de las células infectadas. ¿Se produce en los ganglios, en la médula ósea? Todavía no se sabe. Y tampoco se sabe cómo curar a un enfermo infectado." La solución está aquí nomás. "Yo creo que las soluciones están cerca. El sida nos muestra que en ciertas enfermedades largas son varios los factores decisivos, y no un solo elemento. Por lo tanto, debemos actuar sobre todos esos factores a la vez. Ahora, sueño con un instituto de enfermedades infecciosas complejas."

Montagnier exhibe un optimismo casi positivista que Reeves parece compartir en su trabajo diario, aunque no en el fondo, cuando habla de la naturaleza humana. "La verdadera cuestión de la astrofísica –sostiene– es metafísica: ¿Para qué sirve esta larga evolución del universo, que se estructura hasta hacer aparecer esas maravillas de complejidad que son los seres humanos, seres que son manifiestamente incapaces de vivir juntos y muy capaces de aniquilarse entre ellos?."

El gran enigma. Incluso, para los sabios ●

DE LA EMOCION, POCO

POR SALOMÓN MUCHNIK Y ROBERTO SICA

En los últimos 7 u 8 años, los progresos que hubo en neurología son probablemente mayores que en cualquier otra área de la medicina: sabemos mucho mejor que antes cómo se conectan las neuronas entre sí, qué pasa en esos lugares de conexión, y cuáles pueden ser las alteraciones que dificulten o impidan esa comunicación. Los límites de este avance definen qué cosas no se saben en este momento.

No se sabe cómo funciona la memoria a largo plazo. Sabemos ya que la memoria es una función de la relación entre las neuronas, mediada por un transmisor llamado acetilcolina. Existen ya terapéuticas que utilizan este conocimiento para enfermedades como el mal de Alzheimer. Lo que no conocemos bien es cómo pasamos de la memoria inmediata a la que nos permite preservar y seleccionar recuerdos de hace muchos años. Para compararlo con la informática, es como si conociéramos mucho mejor la memoria RAM que la del disco rígido de la computadora. Sabemos, claro, que el mecanismo de la memoria tiene una eficiencia enorme, es capaz de almacenar una cantidad de información que tiende a infinito.

No están establecidas las bases anatómicas de la inteligencia, que en nuestra concepción está relacionada con la densidad de conexiones entre las neuronas: a mayor cantidad de conexiones hay mayores posibilidades de elaboración, lo cual otorga al individuo la mayor posibilidad de adaptarse a circunstancias diversas. Para que esa densidad de conexiones se mantenga y enriquezca, la educación juega un papel importantísimo; está probado que la gente con más nivel de instrucción tiene mayor cantidad de sinapsis.

Conocemos muy poco de las emociones: las sabemos localizadas en el sistema límbico, que es uno de los más antiguos desde el punto de vista de la evolución de las especies. Esto se demuestra en algunas epilepsias que tienen su foco en esa zona, donde en la crisis se dan manifestaciones emocionales, por ejemplo de ira. Pero no sabemos mucho más.

Las dos áreas más importantes de desarrollo son en este momento la neurogenética y el estudio mediante redes neuronales. Así como el sistema nervioso funciona como modelo para la inteligencia artificial en las computadoras, la inteligencia artificial en informática sirve para estudiar el sistema nervioso con mayor precisión que nunca anteriormente.

En cuanto al diagnóstico genético: están individualizados los defectos genéticos que causan unas 100 enfermedades, como la epilepsia mioclónica, algunas formas de retraso intelectual y de atrofia espinal: se sabe qué genes las causan, en qué cromosoma están, pero en muchos casos se desconoce todavía cuál es el mecanismo específico. Este es un campo donde el conocimiento se produce explosivamente, en cuestión de meses, porque ya existe la tecnología que permite hacerlo ●

** Profesores titulares de neurología en la UBA.*

Best Sellers///

Ficción		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Mañana, tarde y noche*, por Sidney Sheldon (Emecé, 19 pesos). Un millonario muerto accidentalmente, una hija no reconocida reclamando parte de la herencia y una familia demasiado ocupada en ocultar negocios turbios conforman el cuadro de la nueva novela de Sheldon.	1	7
2	*La isla del día de antes*, por Umberto Eco (Lumen, 28 pesos). Eco ataca de nuevo con estilo El nombre de la rosa. Un náufrago llega a un barco abandonado y desbordante de extrañas maquinarias y prodigiosas invenciones. Allí, solo y condenado a no alcanzar jamás una isla próxima, el atribulado narrador desenredará los hilos de su existencia y de su época en sentidas cartas a una Señora igualmente inasible.	2	6
3	*Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	3	14
4	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	4	51
5	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.	6	10
6	*No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?	5	19
7	*En el tiempo de las mariposas*, por Julia Alvarez (Atlántida, 18 pesos). La historia de tres hermanas, férreas opositoras al régimen dictatorial del general Trujillo, cuyos cuerpos fueron encontrados a finales de 1960 al pie de un risco, y de una cuarta que sigue viva. La novela, que fue distinguida como el libro notable del año por el *New York Times*, recrea el mundo de las hermanas Mirabal relatado en primera persona desde la óptica de las protagonistas.	7	11
8	*El amante del volcán*, por Susan Sontag (Alfaguara, 23 pesos). Basada en la vida del almirante Nelson, William Hamilton y su esposa Emma, esta novela marca el retorno de la sutil ensayista al territorio de la narrativa. El relato consigue crear un universo en el cual una voz femenina analiza la condición humana, la cultura, y la idea del amor.	–	1
9	*El amor, las mujeres y la vida*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti que recupera en este librola vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.	9	16
10	*Sucesos argentinos*, por Vicente Battista (Planeta, 16 pesos). El Premio Planeta 1995 relata la historia de un hombre que regresa a la Argentina en 1977 para obtener los contratos para construir las primeras autopistas porteñas. Pero la operación se vuelve riesgosa y el protagonista se ve rodeado de una malla de corrupción y crimen que pone en peligro su misión y su vida.	–	1

Historia, ensayo		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Eva Perón*, por Alicia Dujovne Ortiz (Aguilar, 18 pesos). Una nueva biografía de la mujer más importante que tuvo la historia argentina donde se relatan desde los ingredientes del melodrama y de la novela policial que fueron parte de la vida de Evita hasta los hechos que la llevaron desde su origen al cargo de jefa espiritual de la Nación.	–	1
2	*El libro de las virtudes*, por William J. Bennett (Vergara, 28 pesos). Textos breves que hablan de la filosofía de la vida y del mundo con la intención de generar, con la modalidad de un libro de autoayuda, reflexiones útiles a las personas.	1	5
3	*Blanca y radiante*, por Gabriel Pasquini y Eduardo De Miguel (Planeta, 22 pesos). A través de datos oficiales y extraoficiales recogidos en Washington, Bogotá, La Paz y Buenos Aires, los autores reconstruyen la historia de las drogas y su prohibición. Desde el opio ensalzado por Heródoto en *La Ilíada* hasta el auge de la cocaína en la era actual, el libro traza un mapa de uno de los negocios mundiales más importantes.	5	2
4	*Ser digital*, por Nicolás Negroponte (Atlántida, 21 pesos). La influencia de las computadoras en la vida del ser humano. Cómo será la convivencia entre las máquinas y el hombre en el futuro y cuál será el desarrollo de los seres digitales en el siglo XXI.	3	9
5	*La trampa*, por Sir James Goldsmith (Atlántida, 18 pesos). El libro donde el financista y eurodiputado británico plantea los problemas más graves que trae aparejada la economía de mercado: la creciente pobreza y marginalidad, la globalización económica y las consecuencias de la estabilidad. El libro de cabecera del presidente Menem plantea una salida a las cuestiones económicas más actuales.	2	4
6	*La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	6	19
7	*Historia integral de la Argentina, IV*, por Félix Luna (Planeta, 22 pesos). El cuarto de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca los comienzos del siglo XIX, abordando temas como los cambios en el Río de la Plata después del rechazo de los ingleses y los factores que incidieron en la Revolución de Mayo de 1810.	4	2
8	*Nada más que la verdad*, por Sergio Ciancaglini y Martín Granovsky (Planeta, 19 pesos). Una selección de textos sobre la guerra sucia, las confesiones y autocríticas militares. Testimonios de los sobrevivientes, de familiares de desaparecidos y de los abogados del juicio a las Juntas y las declaraciones de Massera en un libro que amplía las crónicas con que sus autores ganaron el Premio Rey de España.	7	5
9	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado ¿Qué nos pide la Patria a los argentinos?, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la Nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	–	25
10	*Diálogos con la historia y la política*, por Natalio R. Botana y Félix Luna (Sudamericana, 15 pesos). Un debate entre dos de los más importantes historiadores argentinos de los cuales surgen, como temas centrales, los procesos que han confluido para elaborar nuestra realidad y la forma en que la Argentina ha sido gobernada.	9	2

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Gandhi, Hernández, Librerío, Librería del Fondo, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, Lett, Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Roger Chartier: *El orden de los libros* (Gedisa). Profundo análisis sobre los gustos literarios, tanto de los autores como de los lectores, durante los siglos XIV y XVIII en el mundo europeo. Una interesante muestra del cruce entre producción y lectura que, desde el pasado, permite un acercamiento diferente a la problemática literaria actual.

Carnets///

ENSAYO

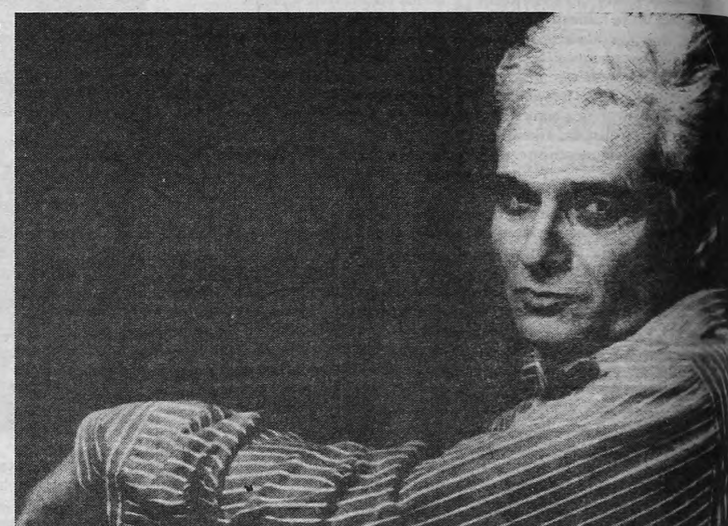
El relato de los dones

DAR (EL) TIEMPO, por Jacques Derrida, Editorial Paidós, 1995, 167 páginas.

En las cinco primeras clases del seminario de la *Ecole Normale Supérieure* correspondiente al curso 1977/78, y a lo largo del que dictara en la Universidad de Yale al año siguiente, Jacques Derrida abordó una serie de puntos relacionados con la problemática del *don*. Pero ésa era una "etapa de paso" por el tema, que conducía a otras cuestiones, tales como la de *différance*, huella, diseminación, etc. Es en ocasión de las conferencias que dictara en la Universidad de Chicago en abril de 1991, cuando la problemática del don se formaliza. Este libro es producto de esa formalización, reproduciendo inclusive el ritmo de esa serie de exposiciones.

En este ensayo el filósofo francés continúa la línea de crítica deconstructivista, creada por él mismo en la década del 60, y que cuenta con una importante cantidad de seguidores en Francia y en Estados Unidos. La estrategia deconstructiva consiste en moverse en los límites de la filosofía para conseguir, en ese movimiento, desanudar el juego de la metafísica en la tradición que lleva desde Platón, pasando por Aristóteles, hasta llegar a Hegel; posibilitando remontar los problemas filosóficos hasta sus "orígenes", o poniendo al descubierto los falsos montajes, las complejas construcciones, y de este modo redimensionarlos y abrirlos a nuevas lectura[s].

Los dos primeros capítulos –titula[dos] respectivamente "El tiempo d[el] Rey" y "Locura de la razón económi[ca]: el don sin presente"– tienen co[mo] punto de partida una cita extraída d[e] una carta firmada por Madame Ma[in]tenon (amante de Luis XIV), qu[e] escribe "El Rey toma todo mi tiem[po]; doy el resto a Saint-Cyr...", si [el] Rey toma todo su tiempo, ¿cómo [es] posible que quede algo, un resto pa[ra] dar?, ¿qué es dar (el) tiempo? De es[ta] presentación se desprenden las pr[e]guntas fundamentales del ensayo: ¿[es] posible dar?, ¿existe el don, o el d[on] es? La conexión del don y el tiemp[o] conduce la cuestión hacia el terre[no] de la economía, situándola en el e[...]



El filósofo francés Jacques Derrida.

FICCION

Doce maneras de vengarse

EL ORDEN SEXUAL, por Gérard Pommier. Amorrortu editores, 1995, 284 páginas.

No se puede hablar de un orden en el deseo cuando éste se presenta de una manera antojadiza. Para Gérard Pommier –ahora integrante de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de París– nada es menos caprichoso, sin embargo, que la sexualidad. Su propósito es referir a esta fuerza del deseo decidida a alcanzar su meta en cualquier circunstancia. Esta ponencia implacable, a la vez ordenada y violenta, conlleva una fuerza contraria que provoca que la satisfacción del deseo se escinda del resto de las actividades, incluidas las inconscientes, y la enmascare, la postergue.

Fiel a la concepción lacaniana de que el deseo sólo existe en relación con una falta, el autor de *Una lógica de la psicosis* y *La excepción femenina*, entre otros títulos, sostiene en este trabajo que el goce humano está estructurado sobre su propia imposibilidad. Así, todo lo que es sexual y fálico aparece recubierto por signos de una prohibición que veda el goce y, a su vez, lo provoca. Tal función de prohibición le es conferida a una instancia paterna. Soñar con el goce y perseguirlo implica tropezar con el padre: el falo –que es la insignia de su potencia– y el nombre –que lo simboliza–. Una función de la paternidad, portar el falo, el tótem viril casi anónimo; y la otra función, la patronímica, transmisión del nombre que reconoce tácitamente su mortalidad y habilita al hijo a poseer, él también, el tótem a través del nombre.

En definitiva, una escisión fundamental entre sexo y nombre; dos imágenes que se superponen y generan así la posibilidad de que la hija abandone y reemplace el amor del padre.

Profundizando la noción de identidad sexual, Gérard Pommier desarrolla la idea de que la relación simbólica con la familia de origen influye, hasta el punto de subvertir, a veces por completo, la anatomía del sujeto. Es la madre la que trae el hijo al Ser y, por lo tanto, el hijo responderá a la demanda materna. Sin embargo, la elección del sexo resulta la consecuencia del amor al padre.

Al revisar a Sigmund Freud en lo que el autor denomina como "manía del falo" se concluye que la l[ó]gica permite deducir un terreno que e[...]caparía al imperialismo del falo, sól[o] pensable a partir de la existencia de [la] represión, sin la cual la sexualidad hu[]mana nunca alcanza a mostrarse. Es[ta] represión funciona en su dimensió[n] "cultural" y no en lo "natural" de la [se]xualidad. Para que haya prohibició[n] del incesto, el lenguaje debe designa[r] aquello que está prohibido. A partir d[e] esto, Pommier sostiene que es necesa[]rio referir al lenguaje tanto el origen d[e] la represión como lo que resulta rep[ri]mido.

De esta manera, sólo se puede p[en]sar en un goce primero –mítico en [re]ferencia a la cultura–, y éste es el m[o]tivo por el cual Lacan definió como p[ro]ce del Otro al ignoto campo que p[re]cede, lógicamente, al imperialismo [del] falo.

El ensayo de Pommier ahonda [en] las diferencias entre las actividad[es] conscientes e inconscientes que [en]mascaran el deseo y la represión. [Un] aporte teórico, ilustrado con num[ero]sas referencias clínicas y ejemplo[s de] la relación entre analista y analiza[do].

LILIANA SCHMER[...]

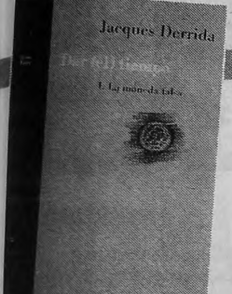
pacio del intercambio y la circulación. Pero si la hipótesis derrideana consiste en sostener que el don es *aneconómico*, o sea que es extraño a la circulación, se hace necesaria una crítica del tiempo circular –tarea que, por otra parte, ya había emprendido Heidegger para salir de la temporalidad hegeliana, extraída a su vez de la *Física* aristotélica–; de este modo el don se sitúa más allá de la dimensión subjetiva, no como algo dado, sino como condición de posibilidad de todo lo dado; porque sólo cuando se piensa el don como fenómeno se hace necesaria la relación entre un donatario y un donador.

Al alcanzar este punto el ensayo reenvía el problema del don a sus "orígenes": la antropología, la sociología, la economía, la lingüística. Critica el lugar que ocupa el tema en el campo de las ciencias sociales, comenzando por un fino análisis del texto que se considera decisivo en lasconceptualizaciones actuales, el *Ensayo sobre el don*, de Marcel Mauss. ¿De qué modo legitimar las traducciones del concepto don *respecto* a todas las lenguas que investiga Mauss? Si lo que encuentra Mauss en sus viajes es una multiplicidad de actos de donación más o menos diferentes, al explicarlos agrupa la pluralidad de sentidos que corresponden a esas acciones en una unidad semántica conceptual: el don. De este modo actos diferentes son agrupados en un significado único, equivalente para todos.

En los dos últimos capítulos aborda el análisis del relato breve de Baudelaire titulado "La moneda falsa" -ésta es la razón por la que estos capítulos llevan el mismo título que el cuento (I y II respectivamente)– convirtiéndose progresivamente en la pieza central del ensayo. El relato hace pasar una ficción por verdadera, y es en este sentido que puede decirse de él lo mismo que se dice de la moneda falsa; la moneda falsa vale en tanto circula como verdadera, pues en el momento en que se descubre su falsedad, deja de actuar como tal. Se trata entonces de que el lector dé crédito al narrador, que crea en la verdad de la ficción narrada, pues el verdadero sentido de la historia es un privilegio que se brinda al narrador. La imposibilidad de perdonar el gesto de su amigo -quien le entregó una moneda falsa a un mendigo– se basa en lo injustificable que es "hacer el mal por necedad", o sea no tener conciencia del mal que está haciendo, cuando en realidad posee facultades intelectuales que le permitirían comprender la dimensión de su conducta.

Finalmente, ¿era una moneda falsa la que entregó el amigo del narrador al mendigo? Del mismo modo que el narrador creyó en la confesión de su amigo ("Era la moneda falsa"), el relato nos reclama que creamos en la palabra del narrador. Aunque el relato siempre amanece con una probable falsedad. ¿Qué nos *da* a leer Baudelaire? ¿qué nos *da* Derrida como lectura? Al recuperar líneas de investigaciones previas, el libro se brinda como un sistema de *huellas* en las cuales puede rastrearse el tratamiento del don como una constante, presente ya en sus trabajos anteriores.

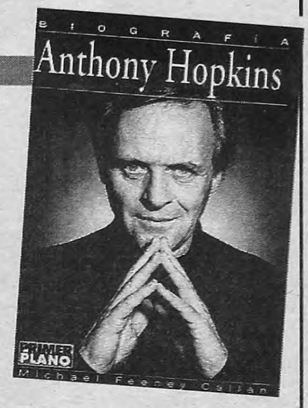
RAUL GARCIA



BIOGRAFIA

La verdadera cara del doctor Lecter

ANTHONY HOPKINS, por Michael Feeney Callan. Ediciones B, Colección Primer Plano, 1995, 426 páginas.



A principios del cine los directores e iluminadores insistían sobre un fenómeno que adjudicaban a la combinación entre el rostro y la luz: la *fotogenia*. Los actores que poseían ese raro don tenían la capacidad de llenar la pantalla con sólo aparecer en un breve ángulo. Un misterio difícil de explicar pero que tiene que ver con el oficio de la actuación.

Una discusión entre Robert DeNiro y John Gielgud resume un poco la cuestión. DeNiro relataba la serie de trabajos que se impuso para el papel de Jack La Motta en *El toro salvaje*, de Martin Scorsese: ir a un gimnasio, leer biografías de boxeadores, calzarse guantes, asistir a una enorme cantidad de combates. Gielgud alzó la ceja y le replicó casi con desdén: "¿Y si hubiera probado con actuar?".

Anthony Hopkins reúne en sí estas dos características: la de la fotogenia (basta para eso ver la foto de la tapa de esta biografía del periodista británico Michael Feeney Callan) y la confianza en ese esfuerzo de la imaginación que es apostar todo a la actuación. Sin duda, pertenece a esa raza que convierte todo en algo diferente. *Los restos del día* habría dejado en evidencia toda la mediocridad de James Ivory en su adaptación de la novela de Kazuo Ishiguro de no mediar la sutileza con que Hopkins compone a un mayordomo que cree en las reglas de la aristocracia cuando el mundo se derrumba a su alrededor; Hannibal Lecter hubiera sido uno más de la serie de psicópatas con que abruma el cine norteamericano, de no combinarse la prosodia lenta y la mirada imperturbable y perversa de Hopkins.

El recorrido por su vida que propone Michael Feeney Callan tiene varios méritos y algunos tropiezos. En el haber puede contabilizarse un buen caudal de información, un rastreo por la zona menos conocida de la carrera de Hopkins, el teatro, y una adecuada comprensión de sus conflictos con el sistema de producción norteamericano. Sin embargo, Feeney Callan elige para sí el papel de quien comprende las tensiones que habitan a Hopkins. Lo que por momentos hace que su texto se vuelva confuso, como si su interlocutor no fuera un lector que quiere conocer más de cerca a uno de los más sugerentes actores de la actualidad sino el mismo Hopkins. Como si tuviera que validar el gesto mismo del biógrafo que avanza sobre territorios que no está autorizado a transitar.

En el libro es posible reencontrar, como en un ayudamemoria de lo ocurrido en la pantalla, el aprendizaje de la actuación cinematográfica junto a Katharine Hepburn en *Un león en invierno*, las sutilezas de composición en *El hombre elefante* de David Lynch o en *Nunca te vi, siempre te amé* junto a Anne Bancroft, la interpretación de C. S. Lewis en la mediocre *Tierra de sombras* o la exasperación que trasunta el personaje de Van Helsing en el *Drácula* de Francis Ford Coppola. En definitiva, esos libros que resultan posibles e indispensables por la persistencia de imágenes inolvidables. En este caso la de un actor inglés que sabe, como pocos, el misterio de convertirse en otro.

EVA TABAKIAN

FICCION

Aquí, allá y en todas partes

MORIR EN BERLIN, por Carlos Cerda, Ediciones B, 1995, 223 páginas.

La historia narrada en *Morir en Berlín* transcurre hacia finales de 1985. Esta marca cronológica puede remitirnos a dos circunstancias (aunque sólo la segunda es nombrada en la novela): en noviembre de ese año, 500 mil personas se reunían en el Parque O'Higgins de Santiago de Chile para manifestarse en contra de la dictadura de Pinochet; para entonces, además, se iniciaban hondas transformaciones en la URSS, diversos cambios que prometían tener sus repercusiones en la Alemania comunista, aunque aún no podía establecerse claramente cuáles serían sus características y sus alcances. Como relato del exilio, marcado por la experiencia biográfica de Carlos Cerda después de 1973, esta novela se inscribe entre esos dos puntos: entre Santiago y Berlín. Pero, si bien la fecha que el texto consigna es la de finales del '85, *Morir en Berlín* define su horizonte cuatro años después, en el '89, cuando caen tanto Pinochet como el Muro de Berlín (uno, como se sabe, no tan estrepitosa ni tan concluyentemente como el otro).

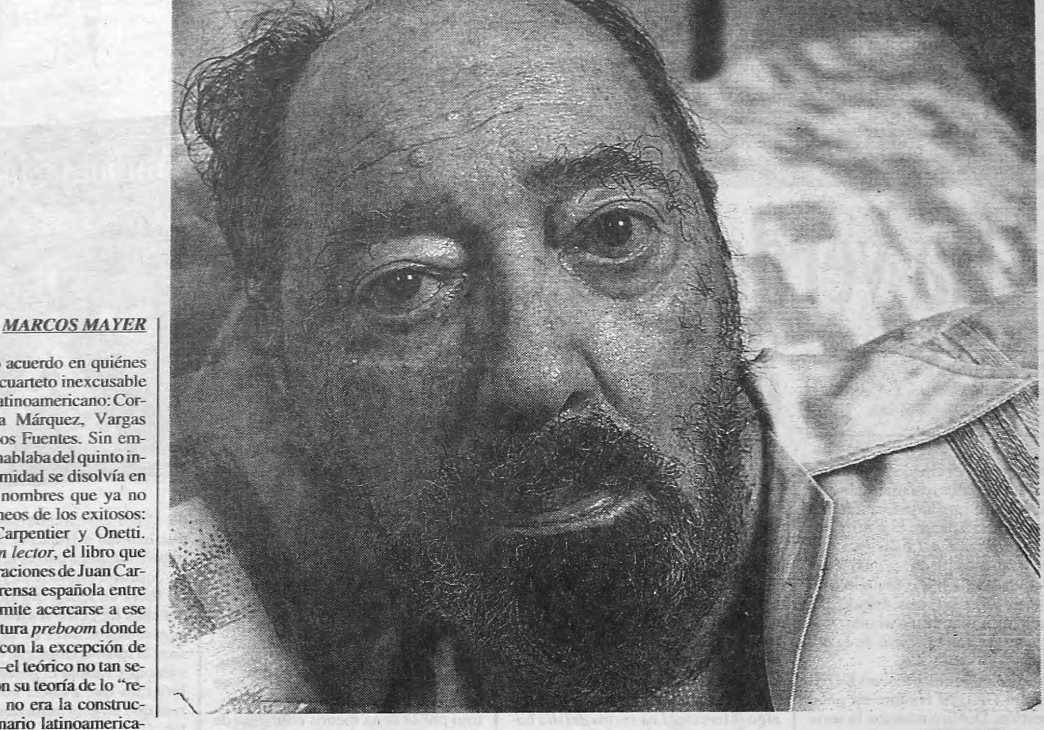
Morir en Berlín es más que la nostalgia del exilio, en la medida en que su impugnación es doble: se dirige tanto a la dictadura chilena de la que hubo que escapar, como a las condiciones de vida que encontraron los exiliados en Berlín Oriental. De este último aspecto es de lo que la novela trata concretamente. El relato de Carlos Cerda presenta una sociedad claustrofóbica, ahogada por la imposibilidad de salir, en la que los funcionarios rechazan casi sistemáticamente las solicitudes que reciben, los intelectuales imploran por la llegada de libros extranjeros, y una bailarina llora porque nunca llegará a ser solista. En ese marco, *Morir en Berlín* desarrolla una trama sin demasiados matices, en la que los exiliados chilenos dirimen los asuntos de su vida privada (un divorcio, una visita familiar, etcétera) tropezando con distintas trabas por parte de una burocracia fría e impersonal.

La figura de Don Carlos, el Senador, señala el lugar de persistencia de aquello que se presenta como los viejos ideales (viejos para Chile, pero también para una Berlín Oriental "aburrida y rutinaria"). En una alegoría un tanto simple, el Senador resulta una figura respetada y hasta querible, pero irremediablemente anacrónica, cuya agonía y muerte (que la novela anuncia en el comienzo) resume toda la idea de la novela: no hay otro discurso para aquellos ideales más que el que ya queda fuera de tiempo y fuera de lugar.

El esquema básico del relato de exilio (un *aquí* más seguro pero siempre ajeno, un *allá* peligroso pero siempre añorado) se ve modificado en *Morir en Berlín*; Carlos Cerda lo transforma en un *ni aquí ni allá*. Fuera de esto, la novela no consigue nunca escapar del todo a la previsibilidad: son previsibles sus personajes, sus situaciones, su trama, la construcción de sus frases. Su punto de inflexión más significativo es ése: que narra el exilio desde una formulación diferente. Esa formulación es tandiscutible como la supuesta ecuanimidad de su *ni aquí ni allá, ni esto ni aquello*: una ecuación menos equilibrada que falaz.

El dilema se resuelve –en la voz del propio Senador– de un modo también previsible: un endeble alegato en favor de "la libertad". La expresión concreta de esa libertad parecería ser México. Lorena (quien se ha ido de Chile y ahora quiere irse de Berlín Oriental) tramita insistentemente, después de su divorcio, una visa para México (al final deberá conformarse con Berlín Occidental). Ni la dictadura chilena, ni el Muro alemán, propondría Lorena a fines de 1985. Después de 1989, con un Chile sin dictadura (aunque con Pinochet) y con un Berlín sin Muro, cabe preguntarse si acaso en el México soñado por Lorena en *Morir en Berlín* habría, por un lado, fraude, NAFTA y tequila, y si habría, por el otro, zapatistas en lucha.

MARTIN KOHAN



LAS IRONIAS DE UN PESIMISTA

MARCOS MAYER

Siempre hubo acuerdo en quiénes formaban el cuarteto inexcusable del "boom" latinoamericano: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa y Carlos Fuentes. Sin embargo, cuando se hablaba del quinto integrante, la unanimidad se disolvía en una variedad de nombres que ya no eran contemporáneos de los exitosos: Borges, Rulfo, Carpentier y Onetti. *Confesiones de un lector*, el libro que recoge las colaboraciones de Juan Carlos Onetti en la prensa española entre 1976 y 1991, permite acercarse a ese estado de la literatura *preboom* donde la preocupación, con la excepción de Alejo Carpentier –el teórico no tan secreto del boom con su teoría de lo "real maravilloso"–, no era la construcción de un imaginario latinoamericano.

Onetti pertenece a otro tipo de celebraciones, sobre todo la reivindicación del papel del lector admirado. No casualmente el libro se abre con una reivindicación –que se repite en varios artículos– de William Faulkner. En la figura del autor de *Absalon, absalon* encuentra Onetti no sólo un maestro y una inspiración presente en la edificación y el derrumbe de la imaginaria Santa María, sino un modelo de escritor. El Faulkner que recupera Onetti en estos artículos es aquel que está más allá de la estupidez, de los fragores de la fama y que encuentra en escribir la única justificación de su existencia. A Faulkner, al igual que a Onetti, nunca le llegó el éxito y sí conoció los exilios, el vagabundeo, la desesperación.

De esos temas trata *Confesiones de un lector*, un recorrido por aquellas noticias extrañas que suelen traer los diarios y de las que Onetti extrae conclusiones repetidas y hastiadas sobre el mundo. La sabiduría que despliega el autor de *El astillero* en estas reflexiones no resulta sorprendente. Son la conversación sostenida una y otra vez sobre los temas que se vuelven preferidos más por persistencia que por placer: el abuso de la literatura, los malos escritores, la imbecilidad de los gobernantes, la pobre condición humana, los libros que se pierden. Onetti no juega a ser ingenioso ni explica el mundo; incluso puede llegarse a suponer que estas notas están escritas con el desgano con que se enterró en una cama, durante los últimos años de su vida, a beber whisky y fumar un cigarrillo tras otro.

Esta sensación sólo puede, de todas maneras, ocurrirle a quienes confunden a la melancolía con una enfermedad. Muy lejos de las densidades de estilo del inolvidable ciclo de Santa María que abrió *La vida breve*, estas ocurrencias de Onetti comparten con su ficción una mirada sobre el mundo que reúne el desencanto con cierta ternura que descubre en el universo femenino. Las mujeres de sus novelas y relatos parecen guardar un secreto: el de la vida. Pese a este estilo más suelto, menos abigarrado, estos textos periodísticos no deberían ser confundidos con un descanso del escritor, sino como la persistencia, en otro registro, de la desencantada ironía del autor de *La muerte y la niña*.

La recopilación en un volumen de los trabajos periodísticos de Onetti –publicado por editorial Alfaguara– durante su exilio español permite una entrada diferente al especial universo del inventor de las miserias y desesperanzas de un lugar llamado Santa María. Lejos de los fuegos de artificio del boom, Onetti construyó una obra intensa y sin concesiones, cuyo espíritu es posible reencontrar, escrito con un humor difícil e irrebatible, en estas reflexiones que reúnen la desesperanza y la confianza en la literatura.

En uno de estos artículos, Onetti recupera una frase pronunciada por George Bernard Shaw cuando el productor cinematográfico Samuel Goldwyn le ofreció hacer una versión con final cambiado de *Pygmalion*: "Señor Goldwyn, no podremos entendernos. Usted es un artista y yo un hombre de negocios". La réplica es perfecta por lo irrebatible y por la nula concesión a cualquier infección sentimental, espíritu del que participa no sólo la obra de Onetti sino su colocación como escritor. A diferencia de las autopostulaciones del boom, siempre pensó la literatura como un avatar delo privado. Jamás podría haber coincidido con Cortázar en la concepción de su literatura como una contribución a la revolución en continente.

Es que la literatura de Onetti está atravesada por una idea del pudor que lo emparenta con Borges, el autor más citado, junto a Miguel de Unamuno, otro hombre para quien la vergüenza era un valor. Y esta idea es tan fuerte que cuando se ve en la necesidad de aludir a un episodio personal pide las disculpas del caso. Es que la literatura es una empresa personal y no social, aunque las experiencias puedan ser socializables. El pudor es también un retiro del mundo, un circular por el costado. De allí que sus opiniones sobre el mundo tengan ese regusto entre gozoso y amargo del desencanto sin esperanzas. Onetti no critica para cambiar sino como una constatación repetida, de allí que cuando denuncia el hambre del mundo, lo suyo sea simplemente la afirmación de un dato contundente e irrefutable.

Algunos lectores se sintieron molestos por esta actitud. Es imposible saberlo a ciencia cierta porque el prologuista, su hijo Jorge, prefiere una lamentación a destiempo a cualquier intento de precisión. Pero, a juzgar por el artículo titulado "Reflexiones de un justiciero", recibía cartas de protesta por ese pesimismo a la vez alegre y constante. Para refutar los reclamos, Onetti recurre al destino y a la posteridad de Van Gogh para contraponerlo al éxito y el reconocimiento alcanzado por la bestsellera norteamericana Judith Kranz. Y concluye, exacto como una ecuación matemática: "Al fin y al cabo Van Gogh también era un estúpido que creía en el arte y ambicionaba veinte florines". La tristeza no debe ocupar el lugar del combate. Hasta el final Onetti se resiste a conmoverse públicamente. Hombres de otro tiempo, diría Borges, o alguno de esos tangos antisentimentales con los que Onetti tanto tiene que ver.

Obviamente, este gesto onettiano conduce muchas veces a la arbitrariedad y a sacudir ciertas cuestiones de un plumazo demasiado rápido, pero poco importa. El disenso no sólo no debería estar reñido con la admiración sino que debiera ser su condición necesaria. La que estos textos deliberadamente no literarios (Onetti sabía que la literatura y el periodismo son dos escrituras diferentes y se burla más de una vez de los lugares comunes que aparecen en los diarios) provocan por otros rumbos. Los que resume el mismo Onetti cuando titula estos artículos –algunos de los cuales llegaron a conocerse en Buenos Aires– como las reflexiones "de un lector, de un autócrata, de un perdedor, de un sorprendido, de un displicente, de un asustado, de un discípulo, de un desamparado, de un envidioso, de un justiciero, de un exiliado, de un insistente, de un decadente, de un nostálgico, de un irrescatable". Todas definiciones de un escritor que supo construir un mundo como si fuera lo único que valiera la pena, antes y después del naufragio ●



MARCELO JUSTO

El 4 de Julio de 1862, Alicia Liddell escuchó de la voz de Lewis Carroll, durante un paseo en bote, la historia de un conejo que miraba el reloj preocupado por la hora y de una niña que se atrevió a seguirlo por un surco abierto en la tierra. Un relato que continúa aún hoy causando fascinación e innumerables interpretaciones. El cuento que Carroll inventó para entretener a Alice y a sus dos hermanas mientras remaba con su amigo Robinson Duckworth se convirtió rápidamente en un colosal éxito vendiendo 120 mil ejemplares en quince años y generando una pequeña fortuna para su autor, cuyo nombre real era Charles Dodgson, un reverendo y profesor de matemáticas de la prestigiosa y medieval Universidad de Oxford. El mismo Carroll/Dodgson inició la larga cadena de adaptaciones que seguiría a la primera edición del libro en 1865 colaborando en una versión en opereta de *Alicia* y, como un moderno empresario de la comercialización, ideando una estampilla que llevaba la imagen del país de las maravillas, una caja de galletitas con la figura de Humpty Dumpty y otras variantes de lo que sería el origen de una inagotable industria. Desde su muerte, *Alicia* conoció ediciones que siguen agotándose en todos los idiomas, ensayos para gusto de todas las modas interpretativas, más de diez versiones cinematográficas y varios musicales y adaptaciones al teatro, entre ellas una en variante feminista de la escritora norteamericana Susan Sontag.

Como corresponde, el éxito de la obra eclipsó la vida del autor pero en 1947, con el hallazgo de la mayoría de los dos mil cien retratos que sacó Lewis Carroll, un pionero del arte de la fotografía, su figura dejó de ser la de un excéntrico formulador de paradojas para convertirse en el protagonista de un extraordinario enigma. El creador de una de las más exitosas novelas de niños de todos los tiempos, el reverendo y matemático, aparentemente ingenioso y bonachón, había dedicado buena parte de su vida a retratar a niñas desnudas o vestidas en posturas y escenas sugestivas. Este nuevo punto de partida bifurcó en dos líneas interpretativas el análisis de su vida. Carroll fue convertido en emblema de un discurso que se alzaba subversivamente contra las restricciones de la época o sino en una víctima de la moral victoriana, un hombre patológicamente tímido, que sólo conseguía superar su tartamudez en compañía de niñas y que estaba a milímetros de ser un abusador de menores.

BURLAS A LOS VICTORIANOS. Dos nuevos libros, una biografía de Carroll aparecida en Estados Unidos y una investigación sobre las relaciones entre su famosa novela y el Oxford en donde vivió desde los catorce años hasta su muerte, intentan dar respuestas definitivas a estos interrogantes. En ambos libros el enigma central es tanto el personaje como el significado de una época victoriana sacudida, entre otras cosas, por la Teoría de la Evolución de Darwin que ponía en tela de juicio la visión teológica que compartía el reverendo Carroll. *The Red King's Dream* (*El sueño del rey rojo*) de los británicos Jo Elwyn Jones y Francis Gladstone sugiere que tanto *Alicia en el país de las maravillas* como su continuación, *Alicia a través del espejo*, publicada seis años más tarde, en 1871, son una feroz sátira de determinados personajes claves de la sociedad victoriana y de Oxford, es decir, un li-

EL ENIGMA DE ALICIA

Durante mucho tiempo, “Alicia en el país de las maravillas” y su continuación “Alicia a través del espejo” fueron confinados, al igual que su autor, Lewis Carroll, al mundo de la infancia. Hasta que los biógrafos descubrieron la rara predilección de Carroll por fotografiar niñas desnudas y semidesnudas. Dos nuevos libros, “El sueño del rey rojo” de los británicos Gladstone y Jones y una biografía del norteamericano Morton Cohen, iluminan la escurridiza figura del reverendo Dodgson desde una perspectiva diferente.

bro que pertenece a la tradición satírica de *Los viajes de Gulliver,* de Jonathan Swift.

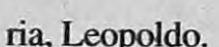
Desde los comienzos de su vida académica, Carroll se burló de los rituales de la más famosa universidad británica como se lo hace saber a su familia en una carta que parece sacada de los libros de Alicia. En esa época, a mediados del siglo pasado, Oxford se hallaba en medio de una gran polémica sobre la necesidad de una reforma universitaria que modernizase el claustro fundado en el siglo XI. Un estado de tensión agudizado a partir de 1859 por la publicación de *El origen de las especies* y que llevó a un feroz debate público entre el defensor de Darwin, el biólogo Thomas Henry Huxley, y el obispo de Wilberforce, quien decidió poner fin a los ataques a sucontrincante preguntándole si su ascendiente simiesco era por rama paterna o materna. Carroll se encontraba dividido en sus simpatías. En tanto clérigo apoyaba a Wilberforce, como matemático se hallaba cerca de Darwin, de quien era amigo y a quien envió una vez uno de sus regalos más preciados: la foto de una de sus pequeñas amigas.

The Red King.s Dream sugiere que las figuras y hasta los temas de este debate fueron centrales para la génesis de las aventuras de Alicia. Los cambios de tamaño de Alicia, tan cruciales en la novela, son reducciones al absurdo de la teoría de Darwin: trastornado el reloj de la evolución de las especies, el cuerpo de la protagonista crece o se achica caprichosamente. El hijo de la Duquesa Horrible desanda la evolución: se enferma primero, supura pus después y finalmente se convierte en un cerdo.



Alicia Lidwell, la heroína y destinataria de las aventuras de su tocaya en el país de las maravillas fotografiada en sugerente pose por Lewis Carroll.

La política y otras ideas de la época encuentran también sus símbolos animales. El duelo verbal entre el Unicornio y el León es una parodia del que protagonizaban los dos grandes políticos británicos del siglo XIX, Gladstone y Disraelí. La célebre escena del Té es una sátira de los cristianos socialistas a quienes Carroll despreciaba y en especial de uno de sus líderes, Charles Kingsley, escritor de cuentos infantiles e inventor de la frase “La religión es el opio de los pueblos”.



ALICIA Y LOS HOMBRES. Una referencia al mundo de Oxford resulta clave en la vida de Lewis Carroll. Uno de los líderes de la reforma universitaria era el librepensador Henry Lidell, autor de un diccionario Griego-Inglés aún en uso, y aparece representado en la novela por la figura del Rey de Corazones. Nombrado en 1855 rector del College de Christ Church donde enseñaba Carroll, Henry Lidell se convirtió en el epicentro de las dos batallas más importantes del creador de Alicia: era a la vez su jefe directo, el máximo reformista y el padre de Alicia. En los siguientes treinta años Carroll atacará a Lidell en una serie de panfletos cómicos anónimos a la vez que quedará subyugado por la hechizante Alicia, quien a los diez años había roto los corazones de varios personajes célebres, entre ellos el artista y filósofo John Ruskin y el cuarto hijo de la Reina Victoria, Leopoldo.

Nadie pone en duda que Carroll estuviera enamorado de Alicia aunque la opinión predominante es que se trataba de una pasión platónica o inconsciente. En *Lewis Carroll: una biografía*, que se publicará el próximo mes en Estados Unidos, Morton Cohen llega a la conclusión contraria basándose en un estudio minucioso de los trece volúmenes de los diarios y las cien mil cartas que escribió y recibió Carroll a lo largo de su vida. Tres semanas después del famoso paseo en bote, suspende un sermón porque, confiesa en su diario, “hasta que no me pueda autocontrolar, mi prédica será una burla hipócrita: no puedes enseñar a otros lo que no te enseñas a ti mismo”. La cita del 6 de Marzo de 1864 es aún más angustiosa: “Te ruego Oh Dios mío que me ayudes a vencer la tentación... porque yo mismo soy débil, egoísta y vil... Oh libérame de las cadenas del pecado”. Poco después ocurre uno de los hechos más importantes y misteriosos de su vida: Henry Lidell prohíbe la entrada de Carroll a su casa.

Los diarios de Carroll no iluminan la cuestión porque su sobrina eliminó toda referencia al episodio después de su muerte. Morton sugiere algo impensable para nuestra época: los padres de Alicia temían un matrimonio entre su hija, de diez años, y el reverendo Carroll, de treinta y dos. La moralidad victoriana aceptaba matrimonios de edades dispares como en el caso del Arzobispo de Canterbury, quien declaró sus intenciones de casarsecon una niña de doce años o el mismo hermano de Carroll enamorado de una adolescente de catorce quien, curiosamente, también llevaba el nombre de Alicia y con quien se casaría unos años más tarde.

En todo caso el episodio tuvo dos consecuencias indudables. La primera, literaria; la segunda, vital. La narración hecha en el bote, que equivalía aproximadamente a los cuatro primeros capítulos de *Alicia en el país de las maravillas* y, a pesar de no tener como objeto la imprenta, se convirtió, bajo el peso de la melancolía, en un libro de doce capítulos que cautivó de inmediato a la crítica y al público. Al mismo tiempo la pérdida de Alicia desató una interminable búsqueda sustitutiva de niñas a quienes empezó a fotografiar desnudas después de solicitar –y conseguir– la autorización de los propios padres. Visto desde la época actual y en especial, desde la moral anglosajona, esta autorización resulta escandalosa. Los padres modernos, criados en el siglo de Sigmund Freud, hijos de la revolución sexual, no sólo reaccionarían indignados ante la solicitud de Carroll sino que lo denunciarían a las autoridades.

La idea de una pasión voyeurística “inocente”, resulta impensable hoy. Como en todo, los victorianos, que a fin de cuentas inventaron al doctor Jekyll y a Mister Hyde, dividían las posibilidades. El cuerpo infantil de la época podía ser objeto de una pasión “baja” –la prostitución infantil, el abuso de menores– y de una pasión inocente. De ahí que los padres no objetaran las fotos de Carroll que logran captar una energía libidinal diferente de la adulta, en la que la sensualidad, la inocencia y la libertad van de la mano. La crítica ha interpretado a Carroll de



modo similar: en la edición anotada de Alicia de Martin Gardner de 1960, es decir unos centímetros antes de la revolución sexual, Gardner opina que el amor de Carroll por Alicia no hay que entenderlo como que “quería casarse con ella o hacerle el amor”. En todo caso nadie mejor situado para realizar esta evaluación que las mismas niñas que fotografió. Todas, empezando por la misma Alicia, siempre recordaron con cariño esa relación única que habían tenido con un adulto un tanto inusual que les narraba interminables historias en las que los gatos se reían, los conejos miraban apurados sus relojes de bolsillo, los tamaños de las personas variaban y las cosas eran cada vez más y más y más extrañas



VIAJE POR UNA METRICA OLVIDADA

C. E. Feiling es más conocido por sus dos novelas, "El agua electrizada" y "Un poeta nacional". Sin embargo, su ingreso a la literatura se hizo de la mano de la poesía y de sus constantes pasiones, los clásicos romanos, Quevedo, ciertos poetas ingleses de los que brinda en "Amor a Roma" –que la editorial Sudamericana publicará los primeros días de noviembre–, versiones que unen el casticismo con la presencia intrusa y bienvenida del lunfardo, junto a invenciones propias.

EN EL PRINCIPIO

Amor a Roma es, cronológicamente hablando, mi primer libro. Aunque contiene algunos agregados más recientes, el grueso de sus poemas fue escrito entre 1979 y 1989. Durante buena parte de ese tiempo, yo creí que mi vocación era académica, que no tenía pasta para dedicarme de lleno a la literatura y su antesala, el .periodismo cultural.. No culpo a quienes piensan que nunca debería haber abandonado aquella convicción, pero a medida que iban surgiendo los poemas también iba decreciendo mi modestia. Así fue que me encontré, un caluroso fin de verano del hemisferio norte, en Ann Arbor, con el libro terminado, a punto de empezar mi novela *El agua electrizada* (cuyo protagonista, Tony Hope, escribe poemas parecidos a los de *Amor a Roma*) y ya casi listo para abandonar la docencia. Largas sesiones de ginebra y lectura en casa de Luis Chitarroni y en la mía, de las que por fortuna también participaban Horacio, Browning, Auden, Gil de Biedma y muchos otros, me habían persuadido de que intentar ser un escritor, incluso un escritor no muy bueno, era algo que valía la pena de por vida.

Amor a Roma significa "lo mismo" leído de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Por eso el libro consta de dos partes: la primera incluye poemas míos y versiones de poemas latinos e ingleses, mientras que la segunda consta de los originales de mis versiones y de algunos otros poemas de los que me he adueñado. De más está decir que lo verdaderamente importante es la segunda parte, que lo verdaderamente importante son aquellos escritores, como el amigo Chitarroni, que me alentaron a escribir.

C. E. Feiling

ULTIMOS AÑOS DE SAMUEL TIMORATO

Ogden Nash

Aunque el control nunca pierda,
de mi suerte no hago alarde.
Ahora llegan los besos, demasiados demasiado
tarde.

Vosotras decidme, Parcas,
y ya no molesto más,
¿dónde estaban estos besos tres décadas atrás?
Chicas había a montones,
refresco o cerveza, chicas,
alegremente casadas o estudiosas y tozudas,
las novias de mis amigos
o esposas de mis amigos,
algunas bien asentadas y algunas de escaso
tino,
chicas tristes y serenas,
agitadas, turbulentas,
en debut cosmopolita o matronas suculentas,
todas ellas tan amables,
todas ellas tan cordiales,
inocentes excitando mis instintos primordiales.
Pero aunque no todavía
salud o plata en exceso
había perdido, ninguna,
ni siquiera Jenny,
me dio un beso.

Esas mismísimas chicas
conmigo se han vuelto viejas,
la cabeza sobre mi hombro apoyan para sus
quejas,
y ahora llegan los besos,
un diluvio que se expande,
vanos besos insensatos, demasiados
demasiado tarde.
Me besan al saludarme,
me besan al despedirse,
si yo les ofrezco fuego, tienen un beso que
darme.
Me besan en casamientos,
me besan en funerales,
no tardan para besarme ni segundos decimales.
Me besan cuando hay un cocktail
o cuando al bridge me desquito,
y es todo tan automático como matar un
mosquito.
El sonido de sus besos retumba ya en mis
oídos
como manga de langosta que destruye los
cultivos.

Tengo dispepsia, artritis,
una úlcera en camino,
y me cansa ser besado por hábito compulsivo.
Si mis queridas me internan
hoy con demencia senil,
será de besos vacíos, sin consecuencia ni fin.
Vosotras decidme, Parcas,
y ya no molesto más,
¿dónde estaban estos besos tres décadas atrás?

ARS POETICA

El áspid, balada, creo
fue un burdo recurso y pleo
nasmo es Aristeo.En mi versión, cuando
dríada
pasmóse ante el caramelo
de algún pastor, a la Ilíada
no quiso el marica Orfeo
anticipar con su celo;
renegó del gineceo
como de Ariadna Teseo.

El párvulo de Calíope
ad ínferos sin mortaja,
no descendió, sino etíope
o nubio rimó amebeo
solaz que le dio ventaja.
¡A cuántos, en tal recreo,
brindó sus cantos Orfeo!

Un fin que la historia cuenta
condigno es con esta trama:
las naifas envidia cruenta
movieron contra el deseo
del poeta; percanta fama
me lo amuró. Según leo,
en varios trozos a Orfeo
se tragó Leteo.

PLANGO VULNERA

Quevedos no, telescopios
permanentes necesita
quien me consuela del mundo
con aves y florecitas.
Inútil alivio intenta
quien miénteme Suerte rota
para todos, porque siempre
a mí de abajo me toca.
¡Cual luna llena es mi suerte
(cuando quiero andar a oscuras,
pues si quiero que me alumbren
se olvida del velut luna)!
Nací bajo los Gemelos,
en hora tan indispuesta
que llamaron al forense
para que hiciera de obstetra...
el médico, confundido,
culpó a mi padre del crimen:
¡parióme adrede mi madre,
los jueces que dictaminen!
Pasé con enfermedades
alegre tanto la infancia,
que así como de los niños
sus parientes cuentan gracias,
contaban los míos toses,
temperaturas y esputos,
y bubas, o cuántas veces
pensaron vestir de luto.
A sufrir la adolescencia
llegué con grandes tropiezos
–que caminar yo y caerme
es un mismo movimiento.
Nadie tan solicitadoen los juegos de pelota
(para relleno del fútbol)
había como mi ropa.
¿Que rescindo los placeres
de noviecitas y amigos?
Las unas... ¡si nunca tuve!
El otro ya no está vivo.
Finalizada la escuela,
entré en la universidad
(mis males bien se merecen
por nombre .universidad.,
porque jamás se terminan
o cosa concreta aprendo,
porque hay escaso provecho
en los dolores que tengo).
A tal punto el excremento
de mi calzado es marbete,
que donde me ven los perros,
allí dejan sus soretes;
a tal punto las mujeres
confunden mis intenciones
que en lugar de amigas bellas
me presentan bujarrones;
a tal punto la conversa
encuentro de lo que espero:
espinas, si como un bife,
y pescado en el puchero.
Los que hace mucho llamaban
al Mar Negro, Ponto Euxino,
me hubieran puesto por mote
"Gladstone Gander", en latino.
Qué grande merita apoyo
la hipérbole pesimista,
yo le pruebo al menos docto,
¡sin citar a Estagiritas!
No hay acreedor que no halle,
deudor que no se me escape,
billetera que no pierda,
mercader que no me estafe;
no hay escupida, ni teja,
ni maceta, ni pelela
que no aguarde a que yo pase
por la precisa vereda;
no hay bizca que no me mire,
ni puta que no me enferme,
borracho que no me hable...
¡y el lector no me comprende!

LA TRADUCCION

¿Y parecerme un dios debe ese idiota,
y superar a dios, porque hoy arranca
los gimoteos sordos de tu estanca
boca, ese ilota
que en estertores, mísero trasiega
unos juguitos turbios donde esboza
intromisión el mundo, y la sedosa
concha te riega?

...Lo que molesta, Carlos, mi Carlitos,
lo que te empece es ocio: puras pajas
cuando el vigor ya máximas rebajas
sufre a los gritos.

Por advertirte tuvo en Mitilene
aquellos celos tríbada, tahona
de desazón movió quien de Verona
hoy te previene.

SEGUNDOS PENSAMIENTOS

Del tosco Corydón el bello Alexis
las pestañas del ojo no vidente
repelar se dejaba, mientras exis
timólo a consentir no renuente

licencia que impetró con esta lexis:
"Exorable pastor otrora fuiste
al menor devaneo de tu Alexis;
mayor penetración no le exigiste

ni tientes por ahora, repelente,
que pellizcos y besos para sistematizar tu
premura". Se resiente
el torvo Corydón y usa su chiste:

"Los pelitos del culo que desbrozo
ya compiten en duro con tu bozo".